

les y extranjeros, que iluminan y refuerzan sus conclusiones. Esto último es importante: obsesionados por la peculiaridad hispánica que poco se han preocupado sus definidores de ir a investigar lo que sucedía y lo que nos ofrecía el mundo europeo coetáneo; o lo que es peor, se han limitado muchas veces a contraponer otra imagen tópica a la nuestra, especialmente esa de la Francia cartesiana, como si el racionalismo cartesiano fuese un rasgo permanente y universal de la vida francesa. De este reproche está absolutamente exento el señor Maravall, que tiene muy presentes los resultados de la investigación europea sobre la historia socio-económica, cultural y política de nuestro común continente. Una observación más querríamos hacer, que viene muy a cuento para valorar debidamente las conclusiones de *El mundo social de La Celestina*: al examinar nuestro pasado histórico, no se ha distinguido suficientemente entre los diversos momentos; esto es especialmente aplicable a nuestros siglos XVI y XVII: no son iguales las circunstancias de la mitad del primero, es decir, de lo que propiamente es la época renacentista, que las del mundo del barroco, y tanto en el plano socio-económico como en el cultural y espiritual.

Otros se escandalizarán de los condicionamientos socio-culturales a que se someten tanto la obra de Rojas en cuanto creación personal suya cuanto el mundo que ella retrata. Pero en nada menoscaba esto la originalidad de *La Celestina*, que no se cansa de subrayar Maravall, así como su valor literario. El mérito de Rojas consiste en su poder de captación de lo real, en habernos ofrecido un retablo tan vivo del mundo de su tiempo, en la riqueza de los personajes, en la perfecta articulación de la acción dramática, etc.—JUAN J. TRÍAS VEJARANO.

OSCAR LEWIS: *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1965 (XXXIV), 531 pp.

Ocurre con frecuencia que un libro mediocre alcanza un enorme éxito de difusión, no precisamente por sus valores literarios, sino por el escándalo que lo envuelve en un fascinante celofán y lo dispara a la voraz curiosidad de un gran sector de lectores. Este escándalo, no raras veces está concienzudamente preparado para servir de pedestal o trampolín. Para los más avisados se trata una vez más del horaciano *parturiunt montes*, o de nuestro popular refrán del ruido y las nueces, mientras las editoriales y el autor se lucran opípara e injustamente.

Pero también puede suceder que un escándalo *a posteriori* dé notoriedad a un libro de mérito, ensanchando no sólo el margen de ventas—cosa, por otra parte, necesaria como preámbulo de nuevas ediciones—, sino el número de lectores que se benefician así, por vía indirecta, de unos valores que no habrían llegado a su esfera de intereses habituales que los raíles—si no vías muertas—ordinarios.

Aureolado con estos resplandores nos ha llegado a España *Los hijos de Sánchez*, obra de Oscar Lewis. Por supuesto, sería difícil calibrar en qué porcentaje ha influido para su difusión el propio valor de la novela—si cabe esta denominación—y su circunstancial situación de haber sido durante meses el objeto de una apasionada polémica en México. El nombre de su autor, unido a otras varias obras sociológicas, tenía, por otra parte, harto prestigio personal como para necesitar de apoyaturas tan artificiales. Pero el hecho es ése, y está ahí como algo irreversible.

En *Los hijos de Sánchez*, su autor no hace sino insistir en su tema predilecto, pero llegando a conclusiones definitivas en una obra madura y, sencillamente, magistral por su método y originalidad. El antropólogo de la Universidad de Columbia lleva más de veinte años—desde 1943—investigando en la vida mexicana, en sus estratos más bajos, con la ambiciosa pretensión de determinar y analizar los rasgos distintivos de la «cultura de la pobreza»—recuérdese *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, de M. Harrington—, no solamente en la sociedad de México, sino en su aspecto, digamos, esencial, común a cualquier grupo étnico en países de cierta evolución social—se excluyen los que, como ciertos países africanos, apenas han salido de su condición tribal.

En la importante bibliografía de Oscar Lewis, primeramente aparece su *Vida en una aldea mexicana: Tepoztlán*, en la que estudia el éxodo del campesinado a las grandes ciudades, le siguen *Pedro Martínez* y *La antropología de la pobreza*, y, por fin, el libro que comentamos, cuyo subtítulo es tan definitorio: *Autobiografía de una familia mexicana*.

Publicado en Estados Unidos, en 1961, su traducción al español—Fondo de Cultura Económica—se dilató hasta las mismas puertas de 1965, provocando en México una polvareda de controversia, a la que antes aludíamos, y que por reacción contraria, llevó el libro a las manos de muchísimos completamente alejados de la sociología o la antropología. Por supuesto, el hecho de tratarse en él asuntos vitales para México, y la novedad de su estilo, alejado de todo formalismo científico, tomando casi la apariencia de un relato novelesco, con-

tribuyeron enormemente a mantenerse en la actualidad literaria e intelectual mexicanas.

La irritación en ciertos sectores de ese país es comprensible. Para la sensibilidad nacionalista—aquí y allí, en todo país de garbanzos—es intolerable que se aireen desgarradamente sus trapos sucios, acto que se considera invariablemente como una agresión o un insulto, y más si, como en el caso presente, es un escritor extranjero quien lo perpetra. A todos nos ocurre que estamos dispuestos a reconocer nuestros errores, pero nos sulfura que el vecino nos los recuerde oportuna o inoportunamente. Lo único que se puede decir como desagravio a México—orgullosa de una revolución social ya cincuentenaria, aunque con grandes objetivos aún por alcanzar—es que en cualquier gran ciudad del mundo se podría hacer una pesquisa semejante con parecidos resultados, excluyendo las inevitables diferencias de carácter y modos externos de vida. Precisamente, la dolorosa operación tiene por finalidad presentar una situación límite como la presente, no para recrearse sañudamente en ella, sino para acelerar su solución con equidad. Aun los reportajes de este tipo hechos de mala fe y con alboroto—¿acaso no es la España «negra» un reiterado y apetecible tema para ciertos periodistas desviados?—pueden tener, por carambola no prevista un efecto sano de revulsivo social. Aunque, ni por asomo, sea éste el caso de un libro trabajado con tanto cariño y tanta limpieza de intención.

Esta disconformidad se canalizó en la denuncia que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística elevó contra el libro por los presuntos delitos de difamación, ultraje a la moral pública y disolución social. El pleito se prologó durante dos meses, paralelamente a una discusión de características nacionales. El sentido común se impuso y el libro fué abstueto. Más tarde, en la Universidad Nacional Autónoma de México se le hizo un nuevo proceso, en el que el detractor se enfrentó con un tribunal compuesto por una escritora, un antropólogo y un sociólogo. Ante un enardecido público de casi mil estudiantes, el libro fué situado en su verdadero nivel científico, y al final se escuchó la voz de Oscar Lewis grabada en cinta magnetofónica.

Según testimonia el autor en el prólogo, a cuyas ideas prestaremos inmediatamente gran atención, su propósito ha sido «ofrecer al lector una visión desde adentro de la vida familiar y de lo que significa crecer en un hogar de una sola habitación, en uno de los barrios bajos ubicados en el centro de una gran ciudad latinoamericana que atraviesa por un proceso de rápido cambio social y económico».

Generalmente, los países subdesarrollados adolecen de pobreza literaria en estos temas que, cuando las ciencias sociales aún estaban en la infancia, eran patrimonio de novelistas, dramaturgos y periodistas. A lo sumo, se interesaron por sus problemas más flagrantes—el indigenismo, por ejemplo—, o se enfrascaron en el estudio de la clase media, en detrimento de una debida atención hacia los habitantes de los suburbios. El olvido de los países ricos de lo que significa vivir en una habitual indigencia, es subsanado por los antropólogos que se esfuerzan por recordar al mundo de los que viven confortablemente la desesperada situación de más de mil millones de personas en setenta y cinco países de Asia, Africa, Iberoamérica y cercano Oriente, cuya renta *per capita* no alcanza los doscientos dólares, frente a los dos mil de los habitantes de Estados Unidos.

Cuando Oscar Lewis habla de cultura de la pobreza no se refiere a los pueblos primitivos aislados o carentes de técnicas, sino a «la gente que está en el fondo mismo de la escala socioeconómica, los trabajadores más pobres, los campesinos más pobres, los cultivadores de las plantaciones y esa gran masa heterogénea de pequeños artesanos y comerciantes a los que, por lo general, se alude como el lumpen-proletariado. El término alude, más que a una privación económica, a un sistema de vida y a una estructura y mecanismos de defensa con los que los pobres logran subsistir.

Entre los rasgos característicos de esa subcultura, en la que vive, por lo menos, un tercio de la población rural y urbana, Oscar Lewis enumera «una tasa de mortalidad relativamente más alta, una expectativa de vida menor, una proporción mayor de individuos en los grupos de edad más jóvenes y, debido al trabajo infantil y femenino, por una proporción más alta en la fuerza trabajadora». A esto se suma que sus miembros—desconfiados de la autoridad y que sospechan de la Iglesia, a la que consideran como una institución humana sujeta a sus mismos defectos—no militan en partidos políticos, ni dan su nombre a sindicatos, ni hacen uso, generalmente, de los servicios del seguro social, asistencia médica, bancos, hospitales o museos. En su propio mundo inventan unos recursos absolutamente personales en la lucha por la supervivencia.

Así su vida se convierte en una carrera de obstáculos para obtener el alimento diario, casi minuto a minuto; viven hacinados en viviendas subhumanas; caen en la precocidad sexual y la violencia, y se unen libremente en matrimonio, aunque mantienen cierta cohesión familiar y un tradicional respeto a la autoridad del padre. Lo cual tampoco es óbice—como tristemente se observa en *Los hijos de Sánchez*—para que el jefe de la familia pueda impunemente multiplicar

a discreción, simultáneamente, varias familias, dejando a su capacidad económica—a su posibilidad de atender al *gasto*, como dicen los mexicanos, de cada una de ellas—el aumentar o disminuir el número, si es que una vez obtenidas sus pretensiones no abandona a la mujer y a sus posibles hijos a sus propios medios e iniciativa.

La situación de los miembros de esta enorme parcela humana, y en particular por su resentimiento social, los convierte en un instrumento fácil para los agitadores políticos. Por otra parte, Oscar Lewis rechaza enérgicamente la tendencia, tan arraigada en los sociólogos como en la opinión pública, a identificar la vida de los pobres con el vicio o la delincuencia juvenil. Por el contrario, este libro es el máximo exponente de las virtudes y la capacidad de sacrificio de esta abandonada clase social.

El método y los antecedentes del libro hay que buscarlos en la *Antropología de la pobreza*, en la que se ofrecen unas instantáneas de la vida de cinco familias mexicanas en cinco días ordinarios. Cuando Oscar Lewis decidió iniciar sus investigaciones en Bella Vista—una de las «vecindades» de la capital mexicana—para localizar a los emigrantes de una aldea concreta, extendió su estudio a la vecindad misma, densamente poblada, con un alto índice de borrachera y delincuencia.

Allí fué donde conoció a Jesús Sánchez y a su hijos Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. Lo que al principio fué timidez y desconfianza se convirtió, a lo largo de las sucesivas visitas, en una penetración tan íntima como la que puede haber con el confesor o el siquiatra. Cada miembro de la familia, casi siempre a solas, aunque a veces los unía en grupo, fué volcando el contenido de sus vidas, sus recuerdos, sus esperanzas, decepciones, dolores. Todo era grabado en cinta magnetofónica. Después, el investigador se limitó a ordenar el material, sin retocarlo, para darle unidad, evitando cuidadosamente que sus propios prejuicios empañasen esa realidad vital tan limpiamente expresada.

Tiene razón el escritor cuando afirma que contra la opinión general, la vida de los pobres no es aburrida o carente de interés: «las historias que aparecen en este volumen revelan un mundo de violencia y de muerte, de sufrimientos y de privaciones, de infidelidades y de hogares deshechos, de delincuencia, corrupción y brutalidad policíacas, así como de la crueldad que los pobres ejercen con los de su clase. Estas historias también revelan una intensidad de sentimientos y de calor humano, un fuerte sentido de individualidad, una capacidad de gozo, una esperanza de disfrutar una vida mejor, un deseo de comprender y de amar, una buena disposición para compartir lo

poco que poseen, y el valor de seguir adelante frente a muchos problemas no resueltos».

*Los hijos de Sánchez* tiene un doble interés indudable. El primero es el estudio mismo y el acercamiento humano a unos seres concretos y palpitantes, lo más alejados de cualquier ficción literaria, que se confiesan en voz alta sin rubor, pero con remordimientos muchas veces. Son verdaderos, sabemos que viven; a pesar de su anonimato, hasta nos es conocido su árbol genealógico. Cada uno de ellos provocará una reacción distinta en el lector, el cual, según su temperamento, y como si se tratara de personas con quienes convive, otorgará su afecto, su amistad o su perdón a Manuel o a Roberto, a Consuelo o a Marta. Si, efectivamente, uno de los valores de la literatura es dar a conocer el corazón humano, este libro cae directamente en el orden de lo literario.

Pero la intención de Oscar Lewis no es estrictamente pedagógica o humanizadora. Por eso su segundo objetivo—el social—es de especial importancia: a través de esas vidas tan individualizadas, uniendo los diversos fragmentos de los relatos que se completan a modo de rompecabezas, aparece la contextura típica de una familia mexicana con todos sus elementos característicos, inserta en el contexto de una sociedad concreta.

Lefamos en una crónica periodística sobre *Los hijos de Sánchez* la pregunta de si Oscar Lewis desataría toda una ola de novela-verdad. Desconfiamos de las modas, pero es evidente que la técnica y el estilo puestos en juego por el escritor norteamericano tienen una potencialidad cuyo uso sería deseable para la renovación de ese gran sector de la literatura sociológica.—CARLOS VARO.

MANUEL COLMEIRO: *Historia de la economía política en España*. Taurus Ediciones. Madrid, 1965.

Dentro de su biblioteca política, en la que ya nos ha dado una serie de títulos interesantes que pueden constituir una auténtica antología de «nuestros clásicos olvidados» del pensamiento político español, ha publicado Taurus la historia de la economía política en España, de Manuel Colmeiro, precedida de una nota preliminar del profesor Gonzalo Anés Alvarez, en la que encuadra la obra de Colmeiro dentro de la historiografía patria y, al propio Colmeiro, dentro de la estructura social y universitaria del siglo XIX.

La *Historia de la economía política en España* es más bien una historia económica de España. Colmeiro se enfrenta con la historia